

fué, según la conjetura de Tillemont, cerca del año 449 ó 450, lo que supone que vivió largo tiempo; pues era viejo desde el tiempo de san Cirilo, quien le llamaba su padre, y no obstante aun tuvo el dolor de ver los progresos que la herejía de Eutiques hizo en Egipto en los días de Dióscoro su sucesor.

No debemos omitir que Severo, sectario de Eutiques, y quien usurpó la silla de Antioquía, en 513, intentó difamar al Santo, quien se había declarado tan públicamente contra los errores de este heresiarca, y que no habiendo podido llegar á inventar nada de verdad contra él, se había atrevido á acusarlo de origenista. Pero forzado por la verdad y atormentado aparentemente por los remordimientos de su conciencia que le reprochaba tan odiosa calumnia contra este santo varón, por fin se había retractado. Esto es cuanto aprendemos de Etéfano Gobar, el Triteita, citado por Focio.

---

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN ISIDORO DE PELUSIA.

Este gran Santo escribió prodigiosamente para la gloria de Dios y defensa de la Iglesia, para el sostenimiento de aquellos que eran injustamente perseguidos, para la conservación de la disciplina y para instruir á todos los fieles. Persiguió al vicio con un valor apostólico doquiera que lo encontrara; habló en favor de la virtud con una energía sin ejemplo, y como hemos dicho ya, retrató en su persona la de Elías por su ardiente celo, y la de san Juan Bautista, por su poderosa voz que hizo oír desde el profundo de

desierto. Sus cartas forman la principal parte de sus obras. *El Menólogo* de los Griegos y el de Nicéforo hacen llegar el número de ellas hasta diez mil. Suidas cuenta tres mil de ellas sobre la explicación de la Escritura; y había siete mil más sobre diversos asúntos. Los *Acemetes* de Constantinopla recogieron dos mil de ellas, que distribuyeron en cuatro volúmenes de quinientas cada uno. Estas parecen ser las mismas que hoy día dividimos en cinco libros, de los cuales los tres primeros son de la traducción del abad de *Billy*, el cuarto de Rittershusio, célebre jurisconsulto, y el quinto del Padre Andrés Scoto, de la Compañía de Jesús.

Nos apartaríamos del fin que nos hemos propuesto en esta obra, si quisiéramos dar aquí extractos de las cartas que se refieren á la Escritura Santa ó al dogma. Bastará referir algunos consejos de san Isidoro sobre los deberes de los diferentes estados, sobre las virtudes cristianas, y principalmente sobre las obligaciones de la vida monástica.

Hablando de la excelencia del sacerdocio dice, que está por encima del poder temporal, porque el obispo gobierna las almas, mientras que los príncipes sólo tienen poder sobre los cuerpos. Pero, añade, si ignorando ó cerrando los ojos á las obligaciones de su ministerio, descuida la cura de las almas, y no piensa más que en edificar palacios, ó en vivir en el lujo y en las delicias, ó en amontonar tesoros, que sepa que no envilece su dignidad siempre grande por sí misma; sino que se degrada y se envilece á sí mismo.

El obispo, dice en otra carta, debe comprender sus deberes por el nombre mismo de su dignidad. Siempre debe tener el ojo abierto sobre su ley. Debe defenderla contra los ataques de las bestias feroces, que son invisibles ú ocultas. Debe remediar los defectos de su clero, el relajamiento de los monjes, las calamidades de las viudas, las necesida-

des de los huérfanos. Debe quitar de los altares todo objeto de escándalo. Debe reprimir la malicia de los malos, los vicios de los jóvenes, los malos consejos de los viejos. Si deja de cumplir alguna de estas cosas, no solamente será él castigado, sino que tal vez también lo será toda su iglesia con él, por haber elevado al episcopado un hombre que no era digno de él.

Vos sois, dijo á un sacerdote, vos sois por vuestro sacerdocio la forma del pueblo y la lumbrera de la Iglesia: ahí está vuestro deber. Debéis, pues, ser grave y no ligero en vuestra conducta: os debéis abstener de toda palabra que disminuya esta gravedad. El sacerdote es como un ángel del Altísimo. No se ha dicho que los ángeles rien; sino que son ministros de Dios y que ejecutan sus órdenes con un santo respeto.

En general recomienda á los eclesiásticos que eviten la familiaridad, la conversación y la vista de las mujeres. Debemos, dice, en cuanto esté en nuestro poder, evitar la compañía y los coloquios con las mujeres, por temor que enervasen nuestro corazón; pero como hay veces que la caridad nos obliga á hablarles, á lo menos conviene que haciéndolo tengamos siempre los ojos clavados en tierra, temiendo que la muerte del pecado entre en nuestra alma por los ojos como por las ventanas. El ejemplo de David, á quien una sola mirada hizo culpable de adúltero y homicida, nos debe servir de lección.

Escribió á un arcediano, que en su oficio se debía conducir, no como los magistrados, con fausto y aires seculares, sino como un digno ministro de los santos altares, con espíritu de dulzura y humildad. Que si pretende ser glorificado en sus riquezas, se hará tanto más despreciable cuanto haya querido ser honrado en los bienes de este mundo, que nada tiene de sólido y permanente.

Si queréis adquirir el reyno del cielo, escribió al empera-

dor Teodosio, este reyno eterno, en el cual vuestra frente será ceñida con una corona incorruptible, y que Dios sólo concede á los príncipes que aquí en el mundo han bién gobernado, ejerced vuestro poder con dulzura y bondad, y repartid vuestras riquezas con prudencia entre aquellos que tienen necesidad de ellas. No es el poder lo que salva al príncipe, son las virtudes; y aquel que se apega á las riquezas no distribuyéndolas como debe, es igualmente culpable que un príncipe idólatra.

También escribió á un gobernador: « Vuestra dignidad pasará en poco tiempo lo mismo que vuestra vida; ¿porque, pues, la manchais con crímenes y os preparáis con esto tormentos eternos? Considerad la inconstancia de las cosas de este mundo, y trabajad por una conducta buena para ennoblecere, si así se puede decir, el rango que tenéis en el estado. Este es el medio por el cual se adquieren justos elogios en este mundo, y se reciben las recompensas eternas en el otro. »

Si el gobernador no suaviza su autoridad y su poder con la dulzura y la bondad, imitando en esto la de Dios, escribe á Nemesio, su gobierno no es más que orgullo y crueldad. Al contrario, si es humano, y si ejerce la justicia con equidad y dulzura, no dará motivo de queja á nadie, y todo estará en paz.

Leod, escribió á Antíoco, quien privaba mucho con el emperador, leed la *Historia de Daniel* y proponéosla por modelo. El era hombre cortesano como vos, y hallándose también comprometido entre los idólatras como en un mar agitado, no obstante fué fiel á Dios. Vos sois ministro del príncipe, él os honra con su confianza; servios pues, de ella para el bien del pueblo y para hacer justicia á todos, á fin que un día recibáis del soberano Juez una sentencia de dulzura y de misericordia. No descuidéis de pensar algunas veces en ellos, por mas que os encontréis como su-

mergido por las agitaciones tumultuosas de las grandezas de la corte.

Da por aviso á un hombre de guerra que no se exhiba demasiado llevando la espada por la ciudad en tiempo de paz, en vez de guardarla para combatir los enemigos del Estado. Si os complacéis en vuestro traje militar, si ambicionáis elogios públicos, añade, si os quereis immortalizar en la memoria de los hombres y deseáis que os erijan estatuas, no permanecáis ocioso en vuestra casa con vuestras armas; juntaos al ejército que va á combatir contra los bárbaros.

Si os vanagloriáis, dijo á otro, que vuestra espada, vuestro casco, vuestra coraza os garantizarán de las penas que merecéis por vuestras violencias é injusticias; sabed que otros mejor armados que vos, no han escapado de los golpes de una muerte trágica. Tenemos la prueba de ello en los monumentos sagrados: Oreb, Zeb, Zebeo, Salmana, Abimelech, Goliath, Absalón y otros semejantes; y entre los paganos tenemos un Hector, Ajax y á los Lacedemonios, quienes á pesar de ser los hombres más robustos, no obstante sucumbieron, porque osaron abusar de sus fuerzas cometiendo injusticias. Si queréis, pues, ser un bravo y generoso soldado, declarad la guerra á vuestras pasiones, y emplead vuestro coraje contra vos mismo.

Recomienda á los sujetos en general la obediencia á los príncipes en aquello que no es contrario á la ley de Dios, y que les paguen los tributos, sin pretender eximirse de ellos bajo el pretexto de pobreza; pues, dice, Jesucristo nos ha dado ejemplo de ello, él que, para obedecer al edicto de Augusto, se hizo registrar estando aún en el seno de su madre, y con su milagroso poder hizo que san Pedro encontrara la moneda para pagar el tributo que se le pedía.

Dá el siguiente consejo á los padres y madres, escribiendo al conde Callímaco: Los padres obtendrán la salud,

si cuidan de educar como deben á los hijos que han puesto en el mundo; pero la perderán, si descuidan su educación. ¿No es una cosa deplorable ver que los hombres atienden más á conservar y pulimentar los jóvenes caballos, cuya naturaleza es vil y de poca duración el uso, que á formar los hijos que Dios ha hecho á su imágen, y que ha renovado en ellos con el santo bautismo? No es, digo, una cosa deplorable, que se les abandone hasta el punto de dejarlos crecer con sus defectos, de abandonarlos á sus caprichos y á todo cuanto les inspira el fuego de su juventud, sin querer ni siquiera ocuparse en corregirlos? Ciertamente, si tanto os empeñáis en aderezar bien á estos animales por seros útiles, esforzaos aún más en reformar las costumbres y regular la conducta de vuestros hijos.

También dá este consejo á las gentes de condición, escribiendo á un poeta: la nobleza que viene de los mayores es una sucesión de un cuerpo á otro, que no depende de nosotros y que es pasajera y caduca; así es que no es la verdadera virtud. Ella consiste más bien en la prudencia, en la justicia, fortaleza y templanza. Aquel que posee estas cualidades es el más distinguido y recomendable, y tiene todo lo necesario para ser dichoso.

Escribió también á una mujer que había perdido á su marido: Si queréis permanecer viuda, no os conduzcáis como las mujeres jóvenes; pues no sabríais hermanar las señales del dolor con sus adornos y atavíos. O se debe renunciar á estas vanidades, ó esperar ser vituperada.

Las mujeres, dice en otra carta, que quieren parecer regulares en su conducta, se parecen á la verdad en contentarse de su belleza natural; ellas no obstante no dejan de probar de adornarla con el arte. Pero las que son verdaderamente bien reguladas, cuidan más de adornar su alma con las virtudes, que de embellecer sus cuerpos con adornos exteriores. Ellas no afectan despreciar enteramente

la naturalidad; pero tampoco caen en el vicio opuesto.

Escribió á un hombre docto, que convenia juntar la virtud á la ciencia, si se queria tener un verdadero mérito delante de Dios. Muy poco importa saber hablar de todo, le dijo; pero lo que en extremo importa es llevar buena vida: esto es lo que hace al hombre agradable á Dios. El demonio no es loable por haber empleado los pasajes de la Escritura santa, cuando se atrevió á tentar á Jesucristo; al contrario, es tanto más detestable, que sabiendo lo que estos divinos oráculos nos enseñan, él con infamia se sirvió de ellos. Si no queréis, pues, ser tenido por un sabio superficial, no os contentéis de saber hablar de muchas cosas; más bien pensad que la verdadera erudición consiste mejor en las buenas acciones que en las bellas palabras.

Vos hacéis profesión, escribe á un médico, de una ciencia de la cual conviene tener muchos conocimientos, y vos tenéis el espíritu perverso. Curáis pequeñas llagas en nosotros, y no remediáis las vuestras que son mucho más considerables. Si queréis ser buen médico, empezad por curaros á vos mismo. Es ridículo ofrecer remedios á los otros, no cuidándose de sí mismo cuando uno está seriamente enfermo.

La medicina, dice á otro, fué establecida, según Demócrito, para curar las enfermedades del cuerpo; pero la sabiduría para curar las del alma; ya pues que hacéis profesión de una y otra, no descuidéis de emplear la sabiduría para curar vuestra alma enferma, á medida que tratéis de expulsar del cuerpo de los otros los males de que se hallan infectados; de otra suerte no seréis ni buen médico, ni verdadero sabio.

Recomienda la pureza de intención en las buenas obras que se hacen, espresándose en estos términos: « No es por el fausto, la grandeza y la gloria pasajera de este mundo, por lo que se merece la que está reservada en el cielo. Es

por las buenas obras, por una vida arreglada, por la rectitud de intención en las obras de caridad; pues si se obra por pura ostentación, la recompensa que se recibe por las alabanzas de los hombres, cesa con estas mismas obras. Al contrario, si se obra en vista de la gloria eterna, con ellas se recibirán las primicias ya en esta vida, y se recojerá una incomparablemente mayor en la otra. »

Un hombre llamado Pablo, se admiraba que Jesucristo no hubiese obligado al traidor Judas á tener los sentimientos de virtud que debería haber tenido después de las admirables lecciones que de ella le daba en sus divinos coloquios. Y él le respondió así: « ¿ Eso os sorprende? A mi me sorprende más que teniendo el libre albedrío os admiréis de la prevaricación de ese traidor: No es por la fuerza ni por la coacción como se obra la salud de los hombres; es por la dulzura y persuasión; pues siendo todos árbitros de su salud, son justamente recompensados o castigados según la elección que han querido hacer del bien ó del mal.

El estado más perfecto, escribió á uno llamado Martiniano, es no pecar jamás y nunca alejarse de Dios; pero también es bueno arrepentirse sinceramente cuando se ha pecado, y por la penitencia elevarse más arriba de allí de donde se cayó. Luego pues que hayáis caído del primer estado, no despreciéis el segundo medio que se os ha ofrecido para salvar vuestra alma, y ved que el descorazonamiento no acabe de perderos.

También dá una excelente lección á los pecadores, escribiendo al magistrado Casio: « No conviene que la gracia que Dios nos ha otorgado para hacer penitencia, nos sirva de motivo para pecar de nuevo, como si también nos hubiese de conceder la misma gracia. ¿ Cuántos han muerto sin tener tiempo para hacer penitencia? Por otra parte, no creáis que los crímenes se espían tan fácilmente. Ordinariamente los vicios no se curan sino por una larga peniten-